

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

La espera paciente y el servicio	1
A cada uno su obra	4
A los jóvenes	15
Nuestros guías	22
Cómo reconocer a un siervo de Dios	25
Carta de H. Rossier	32
He aquí el Hombre	33

Año X. N° 1

Enero - Febrero 2005

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2005 Todos los derechos reservados. Editor: Roberto Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
(<i>M. E.</i>)	=	<i>Messenger Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

LA ESPERA PACIENTE Y EL SERVICIO

“Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida de Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca” (Santiago 5:7-8).

La epístola de Santiago, de la que hemos citado dos versículos, constituye un último llamado del Señor a las doce tribus de Israel, a la nación completa, después de la muerte de Cristo y en vísperas del juicio que caería sobre este pueblo culpable. En medio de la nación se encontraba un remanente fiel que había depositado su fe en el Señor Jesús, remanente que se había convertido en la asamblea cristiana. Estos fieles pasaban por tribulaciones y por pruebas. En esa epístola, los que constituían dicha asamblea son llamados “**hermanos**”, mientras que la nación es designada con la palabra “**vosotros**”. Lo que fue dicho a Israel en ese momento puede dirigirse también, con justa razón, a la cristiandad de hoy, pues ella está en las vísperas de un juicio aún más terrible que el que cayó sobre Jerusalén (en el año 70). Estemos plenamente convencidos de que la paciencia de Dios está llegando a su fin y que está muy cerca la hora del juicio. Lo que se desarrolla actualmente en la tierra es como el preludio de ello. Hoy, como en los días en que escribió Santiago, almas piadosas esperan la venida del Señor y manifiestan su fe por sus obras. ¿Serán tragados por el juicio estos fieles? ¡No! La venida del Señor está cerca, y esta venida será para ellos la liberación suprema: “Yo también te guardaré de la hora de la

prueba que ha de venir sobre el mundo entero” (Apocalipsis 3:10). Como Enoc, ellos serán arrebatados de un mundo que será destruido por el juicio. Santiago recuerda a sus hermanos esta preciosa verdad, la cual es muy apropiada para alentarnos ahora a nosotros al comienzo de una nueva, y quizás última, etapa de nuestro viaje hacia la casa del Padre. Pero, mientras esperamos, necesitamos tener paciencia a fin de que, habiendo hecho la voluntad de Dios, recibamos las cosas prometidas. Somos copartícipes “en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo” (Apocalipsis 1:9). Tenemos, pues, comunión con Él en esta paciente espera. Nos hemos convertido de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús “quien nos libra de la ira venidera” (1.ª Tesalonicenses 1:9-10).

Espera, paciencia, servicio, he aquí pues lo que caracteriza a aquellos que están a punto de dejar la desolada escena que atravesamos. En el pasaje que consideramos, el servicio que llevamos a cabo se compara con una dura labor: la del labrador que ara la tierra. Pero hay un estímulo: el precioso fruto.

Este pasaje nos hace pensar en Eliseo, que araba con doce yuntas de bueyes. ¡Qué energía tenía este hombre, y qué endurecida estaba la tierra que el roturaba! ¡Sí, es una labor penosa la que debemos hacer mientras esperamos la venida de nuestro Señor! Pero ella produce un fruto, un precioso fruto. ¿No es esto inmensamente alentador? Quizás estáis orando, aparentemente sin resultados favorables, por una persona que es muy querida por vosotros, o tal vez hacéis en las sombras un servicio no visible, desconocido por los demás; es posible que se os haya confiado el cuidado de un rebaño y que en vuestro servicio solamente halléis penas, trabajos, desvelos, lágrimas e

incluso censuras; quizá sembréis la Palabra llorando, sin recoger ningún fruto... ¿Y qué más diré? Hermanos, amados, no os desalentéis y “estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1.ª Corintios 15:58). De todo ello habrá un fruto precioso. Es probable que en este mundo no recibáis ninguna recompensa de vuestra labor, pero estad muy seguros de que en el día de Cristo este fruto será manifestado para vuestro gozo y para la gloria del Señor: “Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas” (Salmo 126:6).

Por lo tanto: tengamos paciencia durante la espera, y paciencia en el servicio. Afirmemos nuestros corazones en la gloriosa esperanza que está ante nosotros. Es sólo por un poco de tiempo, porque la venida del Señor está cerca. Ésta constituye la suprema consolación de los que lloran, y hoy son numerosos los que vierten lágrimas. La venida del Señor está cerca. ¿Habrá algo más apropiado que esta esperanza para separarnos del mundo en el cual estamos? La venida del Señor está cerca: he aquí un poderoso estímulo para poner a su servicio lo que nos fue confiado, aunque esto consista solamente en dar un vaso de agua fría u ofrecer cinco panes y dos pececillos. Muy pronto no quedará nada, salvo lo que se haya hecho para Su nombre; toda otra cosa se reducirá a la nada. Hemos comenzado un nuevo año; quizá estemos en la casa del Padre antes de que finalice. Por lo tanto, no perdamos el muy breve tiempo que se nos concede en este profundo valle que atravesamos. Que las palabras “espera”, “paciencia” y “servicio” nos acompañen hasta el momento en que veamos la faz de nuestro Señor.

A. Guignard (M. E. 1944)

A CADA UNO SU OBRA

El Señor nos deja en este mundo por algún tiempo y nos confía un servicio. Cuando nos haya llevado con Él, continuará, solamente, aunque en perfección, el servicio de la alabanza; todos los demás habrán cesado para siempre. Por lo tanto, el privilegio de llevar a cabo para el Señor los diversos servicios que podemos cumplir sólo por su gracia, está limitado al breve momento que nos separa de su venida. ¡Que ningún creyente diga que es demasiado pequeño, demasiado joven o débil para servir al Señor! Él ha dado “**a cada uno su obra**”. Cada uno, pues, debe preguntarse: «¿Cuál es la obra que el Señor quiere confiarme?» Recibiremos la respuesta si permanecemos cerca de Él, donde nos hará conocer sus pensamientos, su voluntad y nos formará a fin de llevar a cabo para su gloria el servicio que nos confía.

“A cada uno su obra”. Esta expresión nos enseña claramente que la obra de uno no es la de otro. ¿No ocurre, a veces, que deseamos hacer lo que hace nuestro hermano? Cuando sucede esto, por una parte invadimos el campo de acción de tal hermano y usurpamos una tarea que le fue confiada a él y, por otra parte, corremos el riesgo de descuidar nuestra propia tarea. Todos los creyentes son miembros del cuerpo de Cristo y, como en el cuerpo humano, cada miembro tiene una función bien definida. Esto nos conduce a recordar dos importantes verdades: en primer lugar, el hecho de que en el cuerpo los impulsos y las directivas son dadas por la cabeza. Toda actividad, pues, debe ser dirigida por el Señor mismo y sólo por Él. En segundo lugar, si es verdad que cada uno tiene su propia responsabilidad frente al Señor para efectuar el servicio que le in-

cumbe, no es menos cierto que un creyente debe guardarse de obrar independientemente de sus hermanos, pues los miembros del cuerpo están unidos unos a otros y la actividad de cada uno, comandada por la Cabeza del cuerpo, debe realizarse para el bien y la prosperidad del conjunto. ¡A qué íntimo ejercicio a los pies del Señor debería conducirnos esto a cada uno de nosotros! ¡Qué espíritu de temor y de dependencia es preciso para ello!

La expresión “a cada uno su obra” se encuentra en el evangelio según Marcos (13:34), en el cual vemos al Señor presentado muy particularmente en su carácter de Siervo, y en el cual también abundan las enseñanzas concernientes al servicio. En estas páginas recordaremos sólo algunas de ellas.

En el capítulo 1, el Señor llama a Simón y a Andrés: “Venid **en pos de mí**.” Se trata del llamado al servicio: “Haré que seáis pescadores de hombres.” Es imposible servir al Señor fuera del camino que él mismo trazó y en el cual nos invita a seguirle: “Si alguno me sirve, sígame...” (Juan 12:26). Él es el Modelo perfecto y nosotros debemos reflejar en nuestro propio servicio sus caracteres de verdadero Siervo. Simón y Andrés lo siguieron inmediatamente. Asimismo, Jacobo y Juan, llamados a su turno, “**le siguieron**” (Marcos 1:16-20). ¡El que no sigue al Señor no puede servirle!

En ese mismo capítulo hallamos otra enseñanza relativa al servicio: la suegra de Pedro, sanada de la fiebre por la poderosa intervención del Señor, no sólo sirvió inmediatamente al Señor sino también a los que estaban con él (1:29-31). Servir al Señor y servir a los santos, servirle sirviendo a los santos, tal es el privilegio que se nos concede.

En el capítulo 2, leemos acerca de una actividad que no se detiene ante ninguna dificultad. Por cierto, podemos hallar obstáculos que cierran el camino de nuestra propia voluntad; sería grave intentar superarlos a toda costa. Pero el enemigo también puede poner trabas aun cuando andemos en un sendero de dependencia y de fidelidad. Y, por otra parte, el Señor también puede permitir que se presenten dificultades para poner a prueba nuestra fe. Cuatro personas deseaban llevar a un paralítico a Jesús, pero les resultaba imposible acercarse a él a causa de la multitud. Sin embargo, la dificultad no los detuvo; ellos descubrieron una parte del techo, hicieron una abertura y luego bajaron el lecho en que yacía el paralítico. La fe cuenta con el poder de Dios y va sin temor a cumplir el servicio que se le ha confiado. “Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados” (2:1-12). Para servir se necesita la fe que cuenta con el poder de Dios.

En el capítulo 3 leemos acerca del llamamiento de los doce. Antes de escoger a aquellos a quienes les confiaría un servicio particularmente importante, el Señor, el Siervo perfecto, el Hombre dependiente, “subió al monte”. Lucas nos dice que en aquellos días él fue al monte “a orar”, y aun añade: “Y pasó la noche orando a Dios” (6:12). Luego “llamó a sí a los que él quiso”. Los doce tuvieron el inestimable privilegio de ser los apóstoles del Señor, quienes le siguieron a lo largo de Su camino en este mundo. Y, en un día venidero, “los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero” estarán escritos sobre los doce cimientos del muro de la ciudad (Apocalipsis 21:14). ¿Por qué se les concedió este notable favor? ¿Eran ellos mejores que otros? Fue la gracia de Dios la que los escogió para tal servicio: el Señor llamó “a los que él quiso” y escogió a doce para ser sus

apóstoles. “Y vinieron a él”; fue entonces cuando el Señor “estableció a doce”, primeramente “para que estuviesen con él”; luego “para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios”. Antes de partir para efectuar el servicio es preciso, en primer lugar, “estar con Él”. Éste es un importante principio que debe ser recordado, pero que a veces se pierde de vista...

Cuando llegó el momento de servir, el Señor los envió dándoles “autoridad sobre los espíritus inmundos” (Marcos 6:7). Los apóstoles estaban entonces en una condición que les permitía ejercer tal autoridad, la cual les había sido confiada para el servicio: “Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen. Y echaban fuera muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban” (v. 12-13). Mientras que en otras circunstancias ellos fueron incapaces de desplegar tal poder; por ejemplo, no pudieron echar al espíritu mudo que había tomado posesión de un muchacho al que su padre llevó luego a Jesús (Marcos 9:17-18). ¿Por qué no pudieron hacerlo? El Señor se los reveló: “Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno” (v. 28-29). Nuestro servicio no tendrá ningún poder si dejamos de depender del Señor y de confiar en él; dependencia y confianza que se manifiestan en el acto de la oración. Tampoco tendrá poder alguno si alimentamos de una u otra manera a la carne. ¡Que Dios nos conceda la gracia de no olvidar nunca estas cosas!

Pero podemos ser guardados en el cumplimiento de nuestro servicio, mantenernos en oración y ayuno, manifestar incluso algunos frutos y, a continuación, ¡podemos perder de vista que lo que se desplegó fue el poder del Señor y no el nuestro! Este peligro es muy real; los apóstoles no escaparon a él. El

servicio debería tener siempre este doble resultado: por una parte, despojarnos de nosotros mismos y llevarnos así a sentir profundamente nuestra propia incapacidad; y, por otra parte, enriquecernos en el conocimiento del Señor, manteniéndonos sin cesar en su comunión, para servir con inteligencia y con frutos. Se equivoca aquel que, llamado a servir, toma desmedida importancia ante sus propios ojos y eleva el concepto de sí mismo más y más ante los ojos de los que lo rodean. El tal no ha progresado espiritualmente; no ha “ganado”, sino todo lo contrario. Mientras que un real enriquecimiento se encuentra en aquel que, humilde, sin descollar y desconfiando siempre de sí mismo, crece, al mismo tiempo que sirve, en el conocimiento de Aquel a quien está sirviendo. ¡Que ésta sea nuestra parte en el cumplimiento del servicio que el Señor quiere confiarnos!

Después de haber servido, “los apóstoles se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado” (Marcos 6:30). Estas expresiones hablan suficientemente de lo que ellos pensaban de sí mismos y de su actividad. Sin duda, como lo hemos señalado, ellos habían servido con fidelidad y había habido un real despliegue de poder. Pero ese poder, ¿era de los apóstoles o era del Señor? Ellos hablaron de “todo lo que habían hecho”, de todo “lo que habían enseñado”; se atribuían, de algún modo, el mérito de la actividad dispensada y de los resultados obtenidos. ¿No habían llegado a creer, quizá, que el poder desplegado era de ellos mismos? Pablo y Bernabé sentían algo completamente diferente a esto cuando llegaron a Antioquia “desde donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido”. Leemos que “habiendo llegado, y reunido a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos...” De

igual manera en Jerusalén (Hechos 14:26-27; 15:4 y 12). Dios, en su gracia, había querido utilizarlos, pero ellos tenían conciencia de que habían sido solamente instrumentos en Su mano. Aun cuando habían hecho “señales” y “maravillas”, era Dios el que las había realizado, el que las había “hecho”. El poder le pertenece sólo a Él, lo sabemos bien; ¡jamás lo perdamos de vista!

¿Cómo obró el Señor respecto a los apóstoles? ¿Los reprendió inmediatamente? No. Ciertamente, él no los dejaría en esa situación, porque los amaba y deseaba el bien de los tales; pero, aun cuando obró para corregir en ellos lo que debía ser corregido, manifestó a la vez toda su gracia para con los mismos. ¡Qué Modelo perfecto! ¡Imitémoslo si un día fuésemos llamados a realizar un servicio así a favor de nuestros hermanos! El Señor mantiene siempre la verdad, pero la gracia va de la mano con la verdad; esto es lo que Jesús vino a traer, lo que Él manifestó incesantemente durante todo el tiempo de su servicio. Las primeras palabras que utilizó para responder a lo que le contaban sus apóstoles fueron palabras colmadas de simpatía, de ternura. Es como si les hubiera dicho: «Yo os envié para servir, y vosotros os habéis agotado; habéis predicado que los hombres se arrepientan, habéis echado muchos demonios, habéis ungido con aceite y sanado a muchos enfermos; ¡qué penoso y qué fatigoso ha sido para vosotros! Todo lo que habéis hecho, todo lo que habéis enseñado... Venid conmigo a un lugar apartado y descansad un poco. ¡Cuánto lo necesitáis!» Todo esto ¿no conmueve nuestro corazón? A pesar de la imperfección que caracteriza a nuestro servicio, y aunque a veces nos atribuyamos algún mérito o algún poder, el Señor rebosa de compasión hacia nosotros. Él quiere cuidarnos y darnos algún descanso de las fatigas que sentimos en el camino. Nos quedamos sorprendidos

frente a la gracia que el Señor manifestó a los suyos, cuando nosotros, sin duda, habríamos pensado en que era necesario reprenderlos con cierta suavidad.

Pero este despliegue de gracia no impidió que el Señor pensara en el bien espiritual de sus apóstoles; muy al contrario, él se valdría de las circunstancias que ellos iban a atravesar, para enseñarles la lección que necesitaban aprender. Una gran multitud había acudido al “lugar desierto”, donde los apóstoles esperaban disfrutar del descanso que el Señor les había prometido. Ésa sería la ocasión para que Él les mostrara a los suyos la actividad de un Siervo perfecto. Mientras que, generalmente, nosotros pensamos que es conveniente abordar el tema espiritual sólo después de haber provisto a las necesidades materiales, el Señor se ocupa, en primer lugar, del alma: “Y comenzó a enseñarles muchas cosas” (Marcos 6:34). Pero luego Él no olvida lo que nuestros cuerpos necesitan. ¿Qué pensaban los apóstoles al respecto?: «El lugar es desierto, es muy tarde, nosotros no tenemos nada para alimentar a tanta gente, es necesario despedirlos... ¡que ellos busquen por sí mismos lo que necesitan!» ¿Es éste el pensamiento que debe albergar el corazón de un siervo? ¿Debe animarlo tal pensamiento? ¿Dónde estaba el poder de los apóstoles, al menos aquel del cual ellos se jactaban? Después de “todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado”, ¡ellos sólo atinaron a decir: “Despídelos”! Las circunstancias permitidas por el Señor dieron lugar a que ellos manifestaran, por una parte, el egoísmo que había en sus corazones y, por otra, su propia incapacidad. Ése fue el momento que el Señor eligió para señalarles la profunda diferencia que había entre lo que ellos creían ser, lo que pensaban haber hecho, y la manera en que obraban frente a la multitud. “Despídelos”, habían dicho

ellos; a esto el Señor responde: “Dadles vosotros de comer.” Vosotros que habéis “hecho” y “enseñado” tantas cosas... Para vosotros esto no debe ser difícil. ¡Ay!, ellos se vieron obligados a confesar su propia y completa incapacidad. Sólo consideraban los recursos exteriores, y no poseían ninguno. Ellos, que pensaban que habían “hecho” tantas cosas, reconocían que no tenían nada y que no podían hacer nada frente a la apremiante necesidad que se les había presentado, a la que el Señor les había pedido que respondieran. ¿Quién, pues, tendrá los recursos necesarios, los que utilizará el Señor mismo, el Amo y Dador de todas las cosas, Aquel en quien está la fuente del poder? ¡Un muchacho! Un adolescente que tenía cinco panes y dos peces; aparentemente muy poca cosa... Los recursos se encuentran en una debilidad reconocida, desprovista de toda pretensión, pero que se apoya sólo en el Señor. Éstos eran los modestos recursos de ese muchacho, insignificantes respecto a las necesidades; recursos que el Señor habría de bendecir después de levantar los ojos al cielo —Modelo perfecto, siempre caracterizado por una completa dependencia de su Dios y Padre — y que Él daría a los discípulos para que ellos mismos los pusieran delante de la multitud. Él, en su infinita gracia, ¡aún quería valerse de ellos! Sin duda, nosotros habríamos juzgado que tales discípulos debían ser dejados de lado... Pero somos llamados a servir a un Señor bondadoso y misericordioso.

¡Qué enseñanza nos brinda esto! ¡Cuántas veces nosotros nos apoyamos en nuestros recursos, en nuestras capacidades, en los dones que el Señor ha querido conferirnos; y quizás hasta hablamos de nuestro poder espiritual o, en todo caso, estimamos que somos capaces de desplegar tal poder. Sin duda, también nos sentimos inclinados a apoyarnos excesivamente en

tal o cual siervo, en tal o cual don... Entonces el Señor permite circunstancias por medio de las cuales nuestra impotencia se manifiesta, tal como la de los apóstoles cuando el Señor les dijo: “Dadles vosotros de comer.” En circunstancias así el Señor nos muestra que los recursos se encuentran en las manos de un “muchacho”, en las de aquellos que parecen muy pequeños y débiles a nuestros ojos, es decir, en tal o cual hermano sencillo y de poca apariencia, del cual no se habla y que no tiene pretensión alguna, que vive humildemente, en el temor del Señor y contando sólo con Él. O aun en tal o cual congregación, poco numerosa, en la cual no hay dones destacados o un hermano ricamente dotado para la enseñanza, sino hermanos y hermanas humildes, fieles, que aman al Señor y a la Iglesia, que oran por la paz y la prosperidad de ella, profundamente ejercitados por todo lo que concierne a las reuniones de la asamblea y que cuentan con el Señor para que él “multiplique los panes”. Entonces experimentamos lo mismo que sucedió en aquel tiempo: “Comieron todos, y se saciaron.” ¡Quiera Dios que podamos comprender y recordar la gran lección que nos brinda el Señor por medio de la escena que hallamos relatada en los versículos 30 a 44 del capítulo 6 del evangelio según Marcos!

Los discípulos, ¿habían comprendido y recordado? ¿Habían discernido verdaderamente que no había ningún poder en ellos, que el poder sólo está en Cristo y que a él le agrada desplegarlo en el ámbito de la más grande debilidad, de la flaqueza que nos caracteriza? Para lograrlo, el Señor los sometería a la prueba. Por eso “hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a Betsaida, en la otra ribera” Marcos 6:45). Él había desplegado su poder al multiplicar los panes; ahora lo manifestaría en otras circunstancias que ejercitarían mucho más la fe

de los discípulos. Pero aun en ellas el Señor desplegaría su gracia: mientras los envió al mar, Él “se fue al monte a orar” (v. 46). Si el Señor nos hace pasar por dificultades y pruebas, con el objeto de instruirnos y para nuestro provecho, Él también ora por nosotros. Su intercesión no hace que nuestro camino quede despejado de obstáculos, sino que nos da la fuerza necesaria para superarlos. La tempestad se levantó cuando los discípulos estaban “en medio del mar”, a la mayor distancia de todo recurso humano. Ellos se fatigaban remando “porque el viento les era contrario” (v. 48). A pesar de todo, su fe —muy débil, pero sostenida por la intercesión de Aquel que oraba por ellos— no volvió atrás; el viento los hacía retroceder a la costa, pero el Señor les había ordenado “ir delante de él a Betsaida, en la otra ribera”. Y Él, quien mide la prueba y no permite que ésta supere lo que podemos resistir, “cerca de la cuarta vigilia de la noche, vino a ellos andando sobre el mar”. El Señor iba a poner fin a la prueba por la que pasaban, pero antes “quería adelantárseles”. Entonces “viéndole ellos andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma, y gritaron; porque todos le veían, y se turbaron” (v. 50). ¡Cuán poco lo conocían y qué falta de discernimiento manifestaron! Pero Su gracia, que aún permanecía, los alivió: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!” Luego “subió a ellos en la barca, y se calmó el viento”. ¿Pudieron los discípulos discernir esta vez la grandeza y el poder de su Señor, el poder que acababa de desplegar para calmar la tempestad, tal como ya se había manifestado cuando multiplicó los panes? No. “Y ellos se asombraron en gran manera, y se maravillaban” (v. 51). ¿Debían asombrarse de tal manera después de haber visto que el Señor había saciado el hambre de cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, y que incluso habían sobrado doce cestas llenas de peda-

zos? ¡Ay!, si ellos “se asombraron en gran manera, y se maravillaban” fue porque “aún no habían entendido lo de los panes”. El versículo 52 nos muestra claramente la relación que existe entre las circunstancias relatadas en los versículos 30 a 44 y las que refieren los versículos 45 y siguientes. El Señor constriñó a sus discípulos a ir delante de él a la otra ribera porque quería probarlos, y esto con el fin de manifestar que ellos habían comprendido muy poco lo que había acabado de enseñarles. ¡Cuánto nos parecemos a estos discípulos!

¿Por qué los apóstoles “aún no habían entendido lo de los panes”? Pues “por cuanto estaban endurecidos sus corazones” (véase también Marcos 8:13-21). El corazón de un incrédulo puede endurecerse y, desgraciadamente, ¡el de un creyente también! Si nuestros corazones fueran más sensibles a todo lo que el Señor es para nosotros, a lo que hace por nosotros, a su gracia fiel que nos sostiene, nos enseña, nos refrigera y restaura a lo largo del camino; si nos despojásemos más de nosotros mismos y, nutridos de Cristo, “entendiéramos” mejor, entonces obtendríamos mayor provecho espiritual de las circunstancias por las que Él quiere hacernos pasar y, en la escuela del verdadero Siervo, comprenderíamos cuál es nuestro servicio y cómo debemos llevarlo a cabo.

¡Que el Señor nos conceda más simplicidad, humildad y desconfianza de nosotros mismos; y obre para que tengamos más confianza en Él, sin olvidar que en Él, y sólo en Él, se encuentra la fuente del poder! Entonces nuestro servicio podrá ser útil al Amo y producirá frutos para su gloria.

P. Fuzier (M. E. 1963)

A LOS JÓVENES

Deseo simplemente llamar la atención de los jóvenes creyentes acerca de la seria situación que les presenta la partida de hermanos ancianos que los han guiado desde su infancia. Estos ancianos, a los cuales teníamos el hábito de ver dándonos ejemplos de la marcha cristiana, son retirados uno tras otro.

Muchos y dolorosos vacíos se abren alrededor de nosotros. Sin duda, es el curso natural de las cosas; poco a poco una generación es recogida para dar lugar a otra. Pero los tiempos que vivimos dan a estas partidas un carácter muy particular, incluso solemne. El espíritu del mundo, en el que somos llamados a ser testigos del Señor, es siempre el mismo, por cierto; pero se percibe claramente que este mundo, a raíz de las terribles conmociones que acaban de estremecerlo, presenta nuevos aspectos, lo que, para nosotros, quiere decir nuevos peligros.

Vemos la exaltación del hombre, la voluntad independiente, la abierta rebelión contra Dios y la oposición a la Palabra; todo ello nos acosa con fuerza. Nos hallamos más cerca del fin, impera la ruina y el espíritu del anticristo opera activamente. En tal medio se nos sitúa bajo nuestra propia responsabilidad, humanamente hablando.

Los guías a los cuales estábamos acostumbrados a mirar nos dejan; es necesario caminar por nosotros mismos. Esos hombres, que eran para nosotros como diques frente a la marea creciente, son quitados y tenemos que soportar directamente el embate de las olas.

Tales ancianos hermanos vivieron los primeros tiempos

del testimonio suscitado por Dios en esos días pasados¹⁾, o un poco después de esa época, y conocieron a los obreros altamente calificados a quienes Él había utilizado, o bien dichos ancianos estuvieron en contacto con aquellos que conocieron directamente a tales obreros. Ellos habían luchado y recordaban aún el gozo, pero también las tribulaciones que sufrieron en las primeras reuniones. Sólidamente afirmados en las Escrituras, esos hermanos se movían en el terreno doctrinal con una facilidad que nos asombra, dejándose guiar por esas verdades tan importantes y tan elevadas, que ahora parecen difíciles y abstractas, sin las cuales, no obstante, no puede existir el cristianismo práctico: el nuevo nacimiento, la muerte con Cristo, el hombre en Cristo, etcétera. Ellos no estaban al acecho de conocimientos novedosos para despertar la curiosidad y detenerse en detalles dudosos, sino que se dedicaron a poner en práctica lo que habían recibido.

Pienso, en particular, en esos esforzados hermanos ancianos que vivían en el campo, como aquellos que algunos de nosotros hemos conocido; simples, en el pleno sentido del término, y poco capaces de variar la expresión de sus pensamientos, pero en quienes esos pensamientos eran tan claros y tan fuertemente alimentados por la Palabra, que evocaban irresistiblemente la imagen de la casa fundada en la roca. Era un tiempo en que la vida rural era ruda y para la cual se contaba con recursos a menudo mediocres; pero sus corazones estaban ligados solamente a las cosas de lo alto. Ellos leían asiduamente

1) Sin duda, el autor se refiere al despertar obrado por Dios en el primer tercio del siglo XIX. Señalemos, por otra parte, que este escrito, lleno de enseñanzas para la actualidad, data de la década de 1920. (N. del T.).

la Palabra y el ministerio escrito de los hermanos, que exponía la Escritura y les hacía gozar de ella. En sus hogares no se conocían mucho los periódicos, pero ellos se habrían privado de lo indispensable para continuar pagando las suscripciones a los folletos que les aportaban el alimento espiritual. Y no lo hacían como una simple formalidad, como el pago maquinal de una especie de cotización anual impuesta por responder al título de hermano (¿no es de temer que a veces suceda esto en la actualidad?); por el contrario, lo hacían por la profunda necesidad que tenían sus almas, necesidad de socorro, necesidad de alimento sólido. Los antiguos números de la publicación *Écho du Témoignage* (Eco del testimonio), que se han hallado encuadernados en una cantidad de casas viejas, dan testimonio del celo que manifestaban nuestros antecesores.

Por cierto, ellos eran hombres que tenían sus propias flaquezas. Lejos de mí el pensamiento de intentar hacer de esos tiempos un cuadro ideal. Sin embargo, sentimos que fue una generación muy diferente de la nuestra. Y al ver que se van, pensamos en “los ancianos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían visto todas las grandes obras de Jehová, que él había hecho por Israel” y durante todo el tiempo de los cuales “el pueblo había servido a Jehová” (Jueces 2:7)... Queridos jóvenes hermanos, “toda aquella generación también fue reunida a sus padres”. ¿Tendrá que llegar a decirse de nosotros que “se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel”? No nos hagamos ilusiones pensando que nos encontramos en mejor situación, pues ése es un peligro real que nos amenaza a los que somos llamados a tomar lugar en la primera fila de la línea de batalla.

Es notable que los amados hermanos a quienes recorda-

mos así —como también los que de entre ellos el Señor aún conserva entre nosotros—, se hayan preocupado en gran manera por las circunstancias de los que les sucederían. No puedo dejar de recordar, con mucha emoción, la visita que hace cinco años tuve el privilegio de efectuar a un respetado hermano que era del extranjero, pero que trabajó en nuestro país durante largos años ejerciendo un honroso y bendito ministerio, y que el Señor deja aún en este mundo a pesar de que sus facultades se encuentren casi completamente deterioradas a causa de la edad. En su conversación él insistía constantemente sobre el tema de la generación joven; incesantemente se interesaba por las necesidades de dicha generación; en todas sus oraciones él encomendaba al Señor a la generación joven. ¡Cuántas oraciones similares han subido a favor de nosotros, de parte de aquellos que han sido nuestros guías!

El recurso al que acudían aún permanece a nuestra disposición. El Señor que los socorrió hasta el fin, permanece de igual modo para nosotros. El resultado de la conducta de ellos nos demuestra Su fidelidad. Que Dios nos conceda la gracia de mantenernos firmes frente a nuevos peligros y ante los malignos esfuerzos del Enemigo. Aquellos hermanos nos señalaron el camino; y si es cierto que podemos decir que por el hecho de ser hombres no han sido y no somos nada, y que la gracia es todo y que sigue estando a disposición, no es menos cierto que ellos nos han dejado un ejemplo de lo que significa aplicar a nuestra vida diaria el valor práctico de tal gracia. Por sobre todas las cosas, reconocemos que ellos han sido hombres de **oración**; por medio de ella, estos hermanos pudieron extraer de la fuente los recursos de la gracia ofrecidos permanentemente.

Jóvenes amigos, hijos de padres creyentes, que están en

el comienzo de sus vidas, tengan cuidado. Escojan la fe. El mundo nos acecha; guárdense de dejar allí un pie, desde el comienzo del camino. Muchos de entre ustedes confiesan abiertamente al Señor; y otros, que no hablan mucho, no querrían llamarse incrédulos. No permanezcan estacionarios. Avancen en el conocimiento de Cristo, guarden en el corazón Su pensamiento, no descuiden su invitación: “Haced esto en memoria de mí.” No esperen un hipotético «más adelante» para tomar su lugar a la mesa del Señor, en el humilde testimonio constituido por los dos o tres reunidos en Su nombre. Y que todos, queridos jóvenes hermanos, podamos ser enseñados a tomar nuestra parte en el servicio que el Señor confía a los suyos. Hagamos tal servicio, humilde pero resueltamente; bajo Su mirada y conscientes de nuestra debilidad, pero con el denuedo que proviene de Él.

No temamos cultivar el recuerdo de esos creyentes del pasado. En todas las épocas se comprobó el hecho de que las nuevas generaciones menospreciaron la experiencia de sus predecesores. Es cierto que esta tendencia se acentúa ahora más que nunca, pues los grandes progresos materiales de la civilización humana están hoy a disposición de muchos, y conducen a los jóvenes a un pensamiento erróneo y a la vez profundamente ingrato respecto a sus padres.

Hay algo que asusta a aquellos que son observadores y reflexionan: a muchos jóvenes, la apatencia por las cosas materiales de la vida los asfixia y anula de su paladar espiritual el gusto de la Palabra. ¡Cuántos jóvenes creyentes hay, para quienes los automóviles, diversas maquinarias, la telefonía sin cables y muchas novedades, no guardan ningún secreto; pero que, desgraciadamente, ignoran las verdades elementales de la revelación divina! Y quizás es aún más grave el hecho de que ellos ni

siquiera parecen pensar en el valor que tienen dichas verdades. Con mayor razón y como consecuencia de tal situación, la lectura de los escritos de los hermanos les resulta fastidiosa y, livianamente, la consideran inútil. Así, la reunión se transforma para ellos en un simple hábito, quizá aun en una aburrida formalidad. Comienzan a quejarse rápidamente de la rutina en las reuniones —y sin duda tal rutina puede existir—, pero ¿no les corresponde a ellos, que son los que más se quejan al respecto, aportar en las reuniones la vida, la actividad según Dios? ¿Pensarán un poco en la pérdida que sufren y que hacen sufrir a la asamblea entera al **asistir** a la reunión **sin tomar parte** en ella, ni siquiera mentalmente, en la oración?

Otros se han dejado atrapar por las redes intelectuales de este mundo. Peligro muy sutil, pero terrible. Permítanme dirigirme a ustedes, jóvenes amigos intelectuales, estudiantes diligentes, acaparados rápidamente por sus trabajos y a quienes les acecha el racionalismo. Puede llegar a ser muy natural para ustedes creerse superiores al hermano simple, indocto, ¡pero que permanece inquebrantablemente apegado a la Palabra! Les pido que consideren cuán pobre es la ciencia humana, en cualquiera de sus campos. El orgullo de ella se basa en el esfuerzo de sus búsquedas, no en sus resultados tan escasos. Al mirar de cerca tal orgullo, ¿no veremos en éste el absoluto desconocimiento de que la verdad tan buscada la ofrece Dios? No se quiere aceptar esto; se estima que el hombre no necesita a Dios. Sin embargo, ¿que corta es la distancia que existe entre el ignorante y el más grande de los sabios, si aplicamos la medida divina! Los capítulos 38 y 39 del libro de Job, que nos muestran a Jehová confundiendo la razón humana, mantienen plena actualidad; y son muy actuales también las amargas conclusiones del

Eclesiastés: “Mi corazón ha percibido mucha sabiduría y ciencia. Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría... conocí que aun esto era aflicción de espíritu (o: era perseguir el viento)” (1:16-17). Por todas partes surgen enigmas para la mente del hombre, y enigmas que, a medida que se trata de sondearlos, se presentan cada vez más inexplicables. Si el hombre fuera sincero, ¡cuántas lecciones de verdadera humildad veríamos! Nuestra felicidad, nuestra paz, paz del espíritu como del corazón, consiste en contemplar y escuchar a Aquel que **es** la verdad. “Todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” están escondidos en el “misterio de Dios” (Colosenses 2:2-3), y sólo Cristo es la revelación de todo ello. Tal como se dice: Cristo es la clave del enigma de este mundo.

Pero déjenme recordarles, sobre todo, que el cristianismo no es un asunto del intelecto, sino que se trata de conocer a una Persona, de disfrutar de su amor y de su presencia. Y, finalmente, se necesita muy poca doctrina para amar a alguien, pues el corazón conoce mejor que la mente. Se trata de vivir una nueva vida, y ésta se demuestra simplemente por su existencia. Por eso es esencial que ustedes cultiven y estrechen relaciones con aquellos que poseen dicha vida, es decir, con los hijos de Dios; es indispensable no dejar de congregarse. No se trata de dejar de cultivar la inteligencia que Dios les ha dado y que Él quiere ver consagrada para Sí. Pero el mejor antídoto contra el veneno que los estudios encubren, como todas las demás cosas en este mundo, se encuentra en la lectura asidua de la Palabra, en la compañía de los creyentes, y de los creyentes simples, opacos o desconocidos a los ojos de la carne. No se empeñen en discutir con ellos distintos puntos adquiridos por el conocimiento, sino busquen en común las cosas celestiales. ¿Saben dónde se

aprende más? Pues con los ancianos, a la cabecera de la cama de los enfermos, cerca de los moribundos, en las visitas a los pobres en cuanto al mundo pero ricos en fe. Se aprende más viendo el sufrimiento soportado pacientemente, se aprende contemplando cómo un corazón abatido encuentra el refrigerio en la persona de Jesús, viendo cómo un hermano espera la muerte con toda calma y considerando la esperanza que lo sostuvo toda la vida. ¡Qué lecciones! Ninguna enseñanza, ningún libro les brindará lo que ustedes podrán ver en tales cosas, es decir, en el cristianismo en acción, un hecho.

Aún otra vez, no es un asunto de especulación, sino de vida práctica. Temamos, pues, ceder a los razonamientos y a las disputas de palabras; más bien busquemos con mayor esmero los ejemplos vivientes. Los tenemos aún, por la gracia de Dios; en primer lugar en aquellos guías que todavía permanecen con nosotros, y en los que han partido, de los cuales nos tenemos que acordar y, considerando el resultado de su conducta, imitar su fe.

A. Gibert (M. E 1927)

NUESTROS GUÍAS

Hebreos 13:7, 17; 1.^a Timoteo 5:17

La reciente partida de un fiel y respetado siervo de Dios, que anunció la Palabra e instruyó a muchos de entre nosotros en la doctrina y las verdades del Evangelio, podría llegar a ser un motivo de desaliento. Efectivamente, vemos disminuir las filas de los que conocieron a los protagonistas del despertar de

1830 y a quienes les siguieron en el camino, los cuales mantuvieron y enseñaron a nuestra generación los principios escriturarios de la Iglesia, de la unidad del cuerpo, del regreso del Señor, así como tantas otras verdades que fueron de bendición para muchos. Quizá sintamos que tales vacíos no podrán llenarse. Pero Dios es fiel, Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos, y su Palabra permanece a nuestra disposición. Está cercano el tiempo en que resonará la “voz de mando” que nos llamará al encuentro de nuestro Señor. De modo que tomemos aliento y no permitamos que el enemigo nos desanime; seamos como los hombres de Gedeón que, aunque cansados, seguían persiguiendo.

Los apóstoles, testigos oculares de Cristo, habían recibido de él mismo sus enseñanzas, las cuales comunicaron a los discípulos en los primeros tiempos de la Iglesia. Algunos de ellos las dejaron escritas o se las confiaron a otros, como a Timoteo o a Tito. Luego, unos y otros fueron retirados y nosotros hemos recibido la Palabra “cumplidamente” (lit: “completa”), como lo dice Pablo en la epístola a los Colosenses (1:25). Pero en los siglos que precedieron al nuestro, el Señor, en su gracia, suscitó siervos que expusieron, explicaron y comentaron dicha Palabra, y levantó guías para apacentar el rebaño. Así que somos exhortados a **acordarnos** de nuestros pastores (o guías), a **obedecerles** y a **honrarlos**.

En la epístola a los Hebreos, capítulo 13:7, leemos: “Acordaos de vuestros pastores (guías), que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe.” Evidentemente, se trata de aquellos a quienes el Señor retiró para que estén con él, después de haber consagrado su vida a anunciar la Palabra de Dios, cuya conduc-

ta permite decir que pelearon la buena batalla y acabaron la carrera, y cuya fe se nos da como ejemplo. Si bien es cierto que no hay muchos verdaderos guías, no obstante todos hemos conocido al menos a algunos, y debemos tomar muy seriamente esta exhortación, acordarnos de las enseñanzas bíblicas que nos brindaron y considerar su andar por la fe. Pero el versículo 17 nos invita a obedecer a aquellos que aún están caminando entre nosotros. Si nuestra única regla de conducta debe ser la Palabra inspirada y nuestro único modelo el propio Señor Jesús, debemos obedecer y ser sumisos a aquellos a quienes él mismo suscitó para guiarnos. Pensemos que el hecho de desoírlos no nos es “provechoso” y, menos aún, permitir que de nuestro espíritu surjan críticas contra ellos.

El libro de los Proverbios abunda en recomendaciones acerca del “oír”. Esto es lo que tenemos que hacer todos, ancianos y jóvenes; escuchar y no apresurarnos; examinar cada cosa a la luz de la buena Palabra, que tenemos por la gracia de Dios, para ser guiados a **toda** la verdad.

La Palabra nos brinda numerosos ejemplos de verdaderos guías; y si pensamos en Moisés, veremos que el pueblo de Israel no sólo le desobedeció muchas veces, sino que también, a través de los siglos, no se acordaron de él para imitar su fe. Pero estudiar la historia de tales hombres es sumamente instructivo: ¡cuán alentador es considerar los caminos y la disciplina de Dios respecto a ellos! Pero ¡qué tristeza produce ver el comportamiento del pueblo al que ellos debían conducir!

Cuando los guías nos son retirados, el enemigo aprovecha para soltar contra el rebaño “lobos rapaces”. Entonces florecen las doctrinas extrañas, el legalismo, el formalismo; y, además, debemos ser cuidadosos, porque si permitimos que nues-

tras mentes razonen constantemente, abriremos la puerta a las divisiones, deshonraremos el nombre del Señor, olvidaremos las cosas que habíamos aprendido desde el comienzo y no nos acordaremos de nuestros guías.

Que esto no sea así; “no seáis sabios en vuestra propia opinión” (Romanos 12:16), “inclina tu oído y oye las palabras de los sabios” (Proverbios 22:17).

A. Rossier (M. E. 1933)

CÓMO RECONOCER A UN SIERVO DE DIOS

1. La responsabilidad del siervo

El llamamiento de Dios para que alguien lleve a cabo un servicio es exclusivamente un asunto entre Dios y su siervo. Moisés (Éxodo 3:10), Samuel (1.º Samuel 3:19), Isaías (Isaías 6:8-9), Jeremías (Jeremías 1:5), Ezequiel (Ezequiel 2:3-8) y Juan el Bautista (Juan 1:6) son, todos ellos, claros ejemplos de lo que Pablo dice de sí mismo en Gálatas 1:1, cuando manifiesta que él era “apóstol no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos”. Todo aquel que desea ser un verdadero servidor de Dios debe comprender esto plenamente antes que toda otra cosa.

Dios es el que le da sus órdenes; Dios es quien le proveerá el mensaje que el siervo tiene la responsabilidad de transmitir clara y simplemente, sin añadir ni quitar absolutamente nada al mismo. Si procura satisfacer o agradar a los hombres, no se lo puede calificar como siervo de Cristo (Gálatas 1:10). El don de

Pablo no sólo provenía de Dios, sino que, además, sólo Dios tenía la autoridad de decidir cómo y dónde el apóstol debía utilizar tal don; Pablo no ejercía su don “por hombre”, es decir, con la autorización del hombre. Cualquiera que sea la esfera en que se desea servir al Señor, conviene hacerlo con la firme convicción de obedecerle sólo a Él, con un corazón íntegro y veraz, ya sea dedicándose a la obra a tiempo completo o desempeñándose en un empleo secular para subvenir a la necesidades propias. Pablo trabajaba para ganar su sustento (1.^a Tesalonicenses 2:9) y a la vez recibía ayuda; y esto incluso de una asamblea que no era rica en bienes de este mundo, es decir, la de los filipenses (Filipenses 4:10-18). Por otra parte, él había rehusado recibir cosa alguna de parte de los corintios pues, aunque éstos se encontraban en una situación material próspera, entre esos creyentes había algunos que lo habían acusado de aprovecharse de ellos.

El siervo recibe todo sostén material como si viniera directamente del Señor y no de los hombres. Si los hombres desean obtener algún mérito por medio de sus liberalidades, el servidor debe rehusarlas; pero si esos donativos le son ofrecidos por puro afecto al Señor, como si se lo diesen a Él mismo, entonces el siervo tiene la libertad de aceptarlos de esa manera, con gratitud. El servidor nunca debe manifestar un espíritu de codicia y en ningún momento habrá de pensar siquiera en indicar cuáles pueden ser sus necesidades materiales, pues es un siervo de Dios, no de los hombres. Por lo tanto debe dirigirse sólo a Dios y debe confiar plenamente en Él para cada una de sus necesidades. Si Dios lo envió y anda en obediencia a su voluntad, Dios ciertamente tendrá cuidado de su servidor en todos los detalles de su vida, ya sea obrando Él mismo de manera directa

o poniendo en el corazón de sus hijos el deseo de subvenir a las necesidades de su siervo. En los dos casos, este último lo tomará de la mano de Dios y le expresará su agradecimiento.

Si el servidor se siente seriamente ejercitado delante de Dios a consagrar todo su tiempo al servicio del Señor, ya sea en el extranjero, ya en la región donde vive, en esto también debe depender plenamente de Dios: el siervo no tiene que pedir cosa alguna al hombre ni esperar algo de su parte. Si Dios es quien lo dirige, él ciertamente velará por todas sus necesidades.

Pero, el siervo debe estar absolutamente seguro de que verdaderamente es Dios el que lo guía a tomar una decisión tan seria como esa. En Lucas 9:57-58, leemos acerca de un hombre que, con todo, parecía estar muy entusiasmado con la idea de seguir al Señor. Pero él no fue alentado de ningún modo a seguir ese camino; al contrario, el Señor Jesús le dijo que “el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”. En Lucas 14:25-31, el Señor Jesús insiste en el hecho de calcular primeramente los gastos antes de comprometerse a seguirlo como discípulo: ¿está el tal preparado para sufrir la persecución, las duras pruebas de la fe, las tristezas y las dificultades que siempre se encuentran en el camino del verdadero servicio? Tal disposición de espíritu no es, con toda seguridad, una disposición carnal fundada en la fuerza y la energía naturales del servidor, sino una disposición que surge de una fe simple y real en el Hijo de Dios, fe que aprendió a depender sinceramente de Él.

Asimismo, alguien puede ser llamado por Dios y, no obstante, engañarse a sí mismo en cuanto al tiempo en que debe cumplir con su servicio. Moisés cometió ese error; por eso no llevó a cabo su servicio de la manera que Dios había escogido (Éxodo 2:11-15). Como resultado de ello pasó por un largo

período de humillación, hasta que Dios lo envió al servicio cuarenta años más tarde; en ese momento Moisés, lejos de precipitarse como antes, se encontraba más bien poco dispuesto a obedecer.

Pero a Dios también le agrada que los ejercicios concernientes a la obra del Señor sean compartidos con todos aquellos que se interesan en ella. En Gálatas 2:1-10, Pablo relata cómo fue a Jerusalén y comunicó a los demás apóstoles el evangelio que Dios le había dado, y cómo tal participación permitió que cada uno de ellos expresara su apoyo al trabajo que Dios había confiado al otro. Volvemos a encontrar tal comunión en Hechos 13:2-3. Pablo había sido llamado a hacer un trabajo especial y los demás hermanos no tuvieron ninguna dificultad para discernirlo. Éste es un punto importante. Siempre es sabio comunicar los ejercicios que uno siente respecto a un servicio particular a los hermanos y hermanas que lo rodean y, ni haría falta repetirlo, especialmente a los de la asamblea local a la cual uno está unido. Si ellos no sienten la libertad de expresar su pleno apoyo, el siervo de Dios debe considerar esto muy seriamente; pues si los hermanos y hermanas buscan verdaderamente el pensamiento de Dios, deberían poder discernir, en cierta medida, que efectivamente Dios lo llama a realizar tal servicio.

Eso no quiere decir que el poder de decisión les pertenezca. Es solamente Dios el que decide; pero Dios puede utilizar las reservas de una asamblea para ejercitar más a su siervo. Naturalmente, es posible que una asamblea cometa un error, ya sea aprobando, ya desaprobando los proyectos de un servidor. Si a pesar de las dudas de la asamblea, este último emprende el trabajo que se propone hacer, debe efectuarlo con verdadera humildad de espíritu delante de Dios, y con una firme confianza

depositada sólo en Él. El siervo debe estar preparado para enfrentar el hecho de que su congregación no subvenga a sus necesidades y que esto inflencie la opinión de otros hermanos respecto a su servicio. Pero si Dios lo envió, Dios lo sostendrá. De otro modo, el siervo debe saber que sufrirá la vergüenza de tener que renunciar a lo que se habrá revelado como algo que sólo era el fruto de una confianza depositada en sí mismo. Si el servidor manifiesta celo y fidelidad en su trabajo, ello permitirá que en su congregación y entre los demás hermanos se reconozca que verdaderamente Dios es el que lo envió, y así ganará la confianza de ellos.

Finalmente, el siervo debe prestar mucha atención a su propio carácter y a su conducta personal. Debe saber que sus actos serán observados con mucha atención tanto por los creyentes como por los incrédulos, pero, ante todo, por Dios mismo. Por ejemplo: “El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido...” (2.^a Timoteo 2:24). El capítulo 6 de la segunda epístola a los Corintios es un pasaje que debería impregnar por completo su corazón y su espíritu.

2. Reconocer al siervo

El punto de vista del servidor y el de la asamblea son dos cosas que deben permanecer cada una en su lugar. Mientras que el primero depende sólo de Dios y no del hombre, la segunda, no obstante, tiene el deber de discernir si puede expresar su comunión con él en su servicio. Ya hemos dicho que es totalmente normal que el siervo, por consideración, informe a la congregación donde se reúne acerca de los ejercicios que siente respecto del servicio al cual el Señor lo llama, cualquiera que sea la natu-

raleza de tal servicio. Le corresponde, pues, a la asamblea preocuparse por saber hasta qué punto ella se siente libre para expresar su comunión con ese trabajo. Ante todo, ella debe verificar aquello que manifiesta el origen divino del llamamiento. Hallamos una mención de este principio en la ocasión del primer viaje que Timoteo hizo con Pablo. En Listra y en Iconio conocían bien a Timoteo y “daban buen testimonio de él los hermanos” (Hechos 16:2).

Al dar similar testimonio respecto a un siervo, es necesario que los hermanos tengan claramente definidos los siguientes puntos:

1. Su carácter moral y su conducta son siempre dignos de un creyente y no merecen reproche.
2. Su efectivo conocimiento de las Escrituras está en concordancia con lo que es necesario para el cumplimiento del servicio que se propone realizar.
3. Es evidente que el Señor lo ha calificado para ese tipo de trabajo; el siervo ya ha manifestado su devoción en tal servicio.
4. Demuestra de manera convincente que Dios es el que lo llamó, particularmente manifestando una fe que no busca ni el sostén de los hombres ni su aprobación, sino que vive en completa dependencia de Dios.

En ningún caso debe tomar la asamblea la responsabilidad de enviar al siervo, pues ésta es una prerrogativa de Dios. Pero ella puede sentir el deseo de expresar su feliz comunión con el servicio propuesto. Puede suceder que otras asambleas se interesen respecto a ese servidor, y la asamblea local debería estar dispuesta a brindar las informaciones que sean útiles, par-

ticularmente en la medida en que ella se sienta libre delante del Señor para expresar su comunión con ese servicio. Si la asamblea no siente tal libertad, por cierto deberá comunicarlo.

Los hermanos pueden señalar al servidor las razones de sus dudas o de sus reservas para que él las considere y se sienta ejercitado al respecto, aunque ellos no tomen ninguna decisión tocante a su servicio. La consideración que el siervo demuestre por sus hermanos y por los ejercicios que ellos sientan respecto a él, ciertamente ejercerá su influencia sobre la confianza que dichos hermanos le dispensarán.

La asamblea tiene siempre la libertad de acordar o de rehusar el sostén material a los siervos del Señor, de acuerdo al ejercicio que, al respecto, sienta delante de Él. La suma que disponga y la frecuencia del donativo no debe ser un asunto arreglado de una vez y para siempre; que la asamblea busque cada vez las directivas del Señor en cuanto a la manera y al momento de efectuarlo. Si el siervo es llamado a andar por la fe, dependiendo únicamente del Señor, la asamblea, por su parte, debe también ejercer una fe constante y permanecer dependiente del Señor para todo sostén material que disponga. Ella da al Señor, no a los hombres; y el servidor recibe del Señor, no de los hombres.

Una verdadera práctica del principio de la fe es de gran importancia y, al mismo tiempo, contribuye a tratar todas estas cuestiones con la más grande simplicidad. Los problemas y las complicaciones se verán reducidos al mínimo allí donde la fe se ejerce verdaderamente, ya sea de parte del servidor o de parte de la asamblea. Entonces se comprenderá realmente que no hay ninguna necesidad de someter algún servicio, cualquiera que sea, a una autoridad competente tal como el hombre puede con-

cebirla. Efectivamente, Dios es el que debe dirigir todo; éste es el único principio aplicable a todos los casos.

L.M. Grant (M. E. 1992)

CARTA DE H. ROSSIER

Al señor S.P.

15 de febrero de 1915

... ¡Qué felicidad me da tener noticias de la gira que ustedes han emprendido! Quiera Dios que, como fruto de ella, haya un despertar en estos tiempos tan propicios para anunciar el Evangelio a las almas. ¡Que el Señor los bendiga a todos y los aliente! Cada uno tiene su don especial, y el que riega no debe envidiar al que siembra o al que planta. Éste es un gran asunto: que cada uno se dedique a realizar su tarea, mirando al Señor. La mejor corona será para aquel que menos haya pensado en sí mismo, que menos haya hablado de sí mismo, que menos confianza en sí mismo haya tenido; y, al decir esto, bien puedo pensar que yo mismo **comienzo** a aprender esta lección recién en el momento en que mi carrera se **acaba**.

Salude muy afectuosamente a los queridos hermanos reunidos. Le envío una interesante carta de E.S. Los hermanos se sentirán felices de leer la de D. Le informo que, al comienzo de la guerra, él sufrió una herida que le traspasó el pulmón, y que ahora se encuentra de nuevo en el frente. También le envío una carta muy interesante de un soldado belga, católico. Se ve que en él **comienza** una obra muy interesante, aunque con una com-

pleta ausencia de conocimiento de sí mismo. Es necesario orar por él...

Recibí la noticia de la partida del querido hermano H., recogido dos días después de sufrir un ataque cardíaco. Ésta es una pérdida muy grande para nuestros hermanos en Inglaterra. Él estaba totalmente consagrado a la obra y desde hacía muchos años se ocupaba de las escuelas dominicales, sin cansarse nunca. Yo pierdo a un querido amigo, pues con él he mantenido un vínculo muy fuerte...

Adiós, querido hermano; saludos fraternales a todos.
Afectuosamente en Cristo.

H. Rossier (M. E. 1950)

HE AQUÍ EL HOMBRE

Por F. von Kietzell

(Viene de la página 215, año 2004)

15. “SÁLVATE A TI MISMO”

(Mateo 27:39-44; Marcos 15:29-32; Lucas 23:35-37)

Ahora contemplamos al Señor Jesús colgado en una cruz, expuesto a los rayos del sol del oriente y a las miradas impúdicas de la multitud, así como a los incesantes sarcasmos de sus enemigos, a todo lo cual se añaden las torturas físicas de la crucifixión. Nos resulta muy difícil percibir la intensidad de los sufrimientos morales que Él padeció en su alma divinamente sensible, bajo el efecto del “veneno mortal” (Santiago 3:8) destilado por la acerada lengua de sus adversarios. “Mi vida está entre leones; estoy echado entre hijos de hombres que vomitan llamas; sus dientes son lanzas y saetas, y

su lengua espada aguda” (Salmo 57:4). “Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente. He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derriéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte” (Salmo 22: 12 y sig.). ¡Qué conmovedor es oír de la propia boca del Señor la descripción de los sufrimientos físicos y morales que padeció en la cruz!

Tales sufrimientos acentúan aún más la indignidad y crueldad de las injurias con que sus enemigos lo colmaban. Salvo algunos fieles que “estaban junto a la cruz” (Juan 19:25), los demás espectadores de esta escena jugaban un papel en este concierto ignominioso: el pueblo, los jefes, los soldados y los malhechores crucificados con Jesús. Más adelante veremos que ni siquiera los terrores de las tres horas de tinieblas les cerraron la boca por completo (Mateo 27:47-49).

Las grandes multitudes del pueblo y de todas las regiones del país, que habían llegado a Jerusalén para la fiesta, “estaban presentes en este espectáculo” (Lucas 23:48). Tanto el pueblo que allí “estaba mirando”, como “los que pasaban” ante la cruz, todos, injuriaban al “hombre de dolores”, se burlaban de él y lo colmaban de ultrajes (Mateo 27:39, 41, 44; Lucas 23:35). “Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza” (Salmo 22:7). ¡Qué admirable es la Palabra de Dios! Lo que estaba escrito en este salmo se cumplía en la cruz: “Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo” (Mateo 27:39-40). Ellos expresaban otra vez las mentiras de las que se habían valido la noche anterior para sostener sus falsos testimonios contra Jesús. ¡Qué infamia fue imputarle nuevamente las palabras que Él no había pronunciado! “Todo el día pervierten mis palabras; contra mí son todos sus pensamientos, para mal” (Salmo 56:5 RVA). “Si eres Hijo de

Dios, desciende de la cruz” (Mateo 27:40). Estas palabras, ¿no nos recuerdan el lenguaje de Satanás, cuando tentó a Jesús en el desierto? No era, pues, sorprendente que los “hijos de desobediencia” se expresaran como su padre. “Y aun los gobernantes se burlaban de él” (Lucas 23:35). “Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta” (Salmo 69:12). En una ocasión precedente, ellos habían dicho: “Esta gente que no sabe la ley, maldita es” (Juan 7:49), pero ahora ellos hacían causa común con tal gente. Asimismo, las humillaciones que Pilato y Herodes habían infligido a su inocente víctima habían hecho que se reconciliaran el uno con el otro. Así fue con el pueblo y sus jefes. “De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos...” (Mateo 27:41). Aunque lo hacían diciéndoselo “unos a otros” (Marcos 15:31), la actitud de ellos era tanto más condenable por cuanto la adornaban con formas hipócritas, estimadas por los hombres presumidos.

“A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (Mateo 27:42). Pocos días antes habían preparado un complot para dar muerte a Lázaro, cuya resurrección atestiguaba que Jesús “a otros salvó”. Ellos querían hacer desaparecer a este testigo “porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús” (Juan 12:11). Ahora que pensaban haber alcanzado su objetivo, reconocían, con una franqueza colmada de cinismo, que Él había salvado a los otros. ¿No habría podido salvarse a sí mismo? ¡Por cierto que sí! Pero nuestro Salvador no quiso. A fin de poder salvar a los otros fue necesario que renunciara a salvarse a sí mismo. No había otro medio que permitiese llevar a Dios a los seres culpables, caídos y alejados de él. Tal como el siervo mencionado en Éxodo 21, Él dijo: “Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre” (v. 5). No quiso salvarse a sí mismo; y no lo hizo porque quería salvarnos. Él vino a este mundo “a buscar y a salvar lo que se había perdido”, no a buscar algo para sí mismo, sino “para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28). “A otros salvó, a sí mismo no se

puede salvar. El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos” (Marcos 15:31-32). Tal había sido el lenguaje de ellos en todo tiempo. El Señor les había dicho: “La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás” (Mateo 12:38 y sig.; 16:1 y sig.). Pero tal señal tampoco les bastó. Porque después de que el Hijo del Hombre estuvo “en el corazón de la tierra tres días y tres noches”, así como Jonás había estado en el vientre del gran pez, ellos “vieron” pero no creyeron. Aún más, ellos recurrieron a la corrupción y a la mentira, para ocultarle al pueblo, “hasta hoy”, la irrefutable verdad de la resurrección de Jesús.

Respecto a estos jefes religiosos se cumplió la profecía de Isaías, confirmada por las palabras de Jesús: “De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis” (Mateo 13:14). La ceguera de ellos se manifestó de manera particular al pronunciar unas palabras de las Escrituras, sin darse cuenta de que el salmista las coloca en la boca de los enemigos del Mesías: “Confió en Dios; libréle ahora si le quiere” (Mateo 27:43; Salmo 22:8). “Como quien hiere mis huesos, mis enemigos me afrentan, diciéndome cada día: ¿Dónde está tu Dios? (Salmo 42:10). Ninguna palabra humana podría describir mejor los sentimientos del Hombre perfecto, que era ultrajado de tal manera.

La medida de su humillación llegó al colmo cuando los soldados mismos y los malhechores crucificados junto a Él añadieron sus injurias a las del pueblo y a las de sus jefes (Lucas 23:36-37; Mateo 27:44). Nosotros, mediante el Espíritu profético, lo escuchamos exclamar: “Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa... ¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios! Muchos son los que se levantan contra mí. Muchos son los que dicen de mí: No hay para él salvación en Dios”. Sin embargo, su confianza en Dios permaneció inquebrantable y sabía que sería librado: “Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza” (Salmo 69:4; 3:1-3).

(Continuará)